

dad en ciudad y hasta el desierto. En estas ocasiones anunciaba á sus Apóstoles que seria vendido por uno de ellos, entregado á sus enemigos, abofeteado, colmado de ultrages, condenado á muerte y crucificado; que por este medio salvaria al mundo y se atraeria al universo desde lo alto de la cruz; que al tercer dia resucitaria por su propio poder y les enviaria á predicar la salvacion por toda la tierra.

La resurreccion de un hombre muerto hacia cuatro dias, llamado Lázaro habiendo atraido á Jesus un considerable número de discipulos, fué causa de que al terminar el tercer año, los fariseos y los príncipes de la sinagoga se resolviesen al cabo á hacerle perecer como seductor del pueblo y como blasfemo. Al efecto, sobornaron á uno de los discipulos llamado Júdas el cual le entregó la víspera de la Pascua, dando allí principio los dolores de la pasion, de que pronto vamos á hablar.

Siendo lo que mas nos importa por ahora, el que el mismo Jesus nos dé la respuesta á esta cuestion fundamental, *¿quién es Jesucristo?* necesario nos es examinar el Evangelio y buscar allí con una sinceridad ilustrada al par que sencilla, la solucion de este gran problema.

Jesus, Hijo de Dios.—¿Qué es lo que
Él dice de Sí mismo?

§ I.

Cuando deseamos saber qué es un hombre? parece natural interrogarle ante todo del modo que los judíos á Juan Bautista: *¿Quién eres tú? ¿Qué dices de tí mismo?* para ver en seguida si sus obras y su vida toda están acordes con su respuesta.

Tal vino á ser la cuestion que propusieron á Jesus sus doce Apóstoles, sus discipulos, sus enemigos y sus jueces, á la cual satisfiso el Salvador con una claridad verdaderamente aterradora para los que no creían en él.

Si tú eres el Cristo, dínoslo; preguntá-
banle un día los judíos congregados en el
Templo y en el pórtico de Salomon.

—Yo os hablo, les respondió; y vosotros no
me creéis. Los milagros que he hecho en
nombre de mi Padre, dan testimonio de mi.
Mi Padre y Yo somos un solo ser.

Irritados al ver á un hombre pobre y sin
prestigio producirse ante ellos como Cristo
y Dios á un mismo tiempo, y á cuya veni-
da veían ligadas esperanzas tan ambicio-
sas como descabelladas, indignanse con esta
respuesta, y buscan piedras para apedrear
á Jesus.

¿Por qué, les dice inalterable, quereis
apedrearme?

—Por que eres un blasfemo, y por que no
siendo mas que hombre, quieres hacerte pa-
sar por Dios.

§ II.

Hallándose Jesus en otra ocasion en el
Templo, acababa de perdonar á la muger
adúltera; y los fariseos indignados de u
poder y de una misericordia que no compren-
dian, preséntanle nuevas cuestiones, con
propósito deliberado de no creer en El.

Hay realmente dos maneras de interrogar á
Jesus, una sencilla é ingénua, como la del
que busca la verdad y por consiguiente la
halla presto; otra soberbia y despreciativa,
ó al menos curiosa, en la que no se busca á
Dios, porque no se le busca con amor.

En medio de esta turba que le acosa ex-
clama Jesus:

—*Yo soy la voz del mundo:* el que me
sigue no anda en tinieblas, antes bien tendrá
la luz de vida.

—Tu testimonio es falso, responden los
fariseos, porque tú eres el único que das tes-
timonio de tí mismo.

—Vosotros no sabeis, respóndeles Jesus,
de donde procedo ni adonde voy. En cuan-
to á mí, lo sé, y me doy testimonio á mí
mismo; porque no soy solo, y mi Padre que
me ha enviado, está conmigo y da tambien
testimonio de mí.

—¿Y dónde está tu Padre?—le dicen.

—Vosotros no conocéis ni á Mí ni á mi
Padre, respondió Jesus: si me conociéseis
á Mí, tambien conoceriais á mi Padre.

—¿Quién eres tú, pues?—exclamaron.

—*El principio de todas las cosas, Yo, el
que os habla.* ¡Abraham, vuestro padre, ha
deseado ardientemente verme, me ha visto
y se ha regocijado!

—¡Cómo! replicaron los judíos, aun no tienes cincuenta años, y ¿has podido ver á Abraham?

Y Jesús les dijo:

—En verdad, en verdad os digo: *antes que Abraham fuese, soy Yo.*

Antes que Abraham fuese, soy Yo. ¡Qué palabras! No dice *Yo era*, sino *Yo soy*; como en otro tiempo en el desierto á Moisés: “*Yo soy el que es....*”

§ III.

Estando Jesús en Nazareth, preséntale un paralítico recostado en un pobre lecho. Era sábado, día que con tanta escrupulosidad se guardaba entre los judíos.

Viendo Jesús la fé de aquellos infelices, dice al paralítico: “Hijo mio, ten confianza, tus pecados te son perdonados.”

Entónces muchos Eseribas que se hallaban presentes, dicen entre sí: “Este hombre blasfema. ¿Quién puede perdonar los pecados, sino es Dios solo?”

Pero Jesús, penetrando sus pensamientos, les dice: “¿Qué cosa es mas fácil de decir á este enfermo? ¿Tus pecados te son perdonados, ó levántate y anda? Pues para que se-

pais que el Hijo del Hombre tiene el poder de perdonar los pecados: ¡levántate (dice al paralítico,) toma tu lecho y anda!”

Y levantándose en efecto el paralítico, cargado con su lecho, se fué á su casa.

Léjos de mostrarse convencidos los fariseos murmuraron contra Jesús por haber curado en sábado al enfermo. ¡Hombres de duro corazon y de espíritu mezquino, que anteponen la observancia de las prácticas exteriores á la ley suprema de la caridad!

Por eso, sin duda, Jesús curaba á los enfermos precisamente en sábado. y se contentaba con responder á las murmuraciones de los judíos: “El que os habla, es mayor que el templo, y el Hijo del Hombre es el Señor mismo del sábado.”

Palabras notabilísimas, porque para los judíos Dios solo era superior al templo; y aquel solo era Señor del sábado, que se lo habia impuesto en un principio al primer hombre, y despues á Moisés, en memoria de la creacion.

§ IV.

Al dirigirse Jesús por primera vez á Jerusalem, despues de la festividad de la Pascua,

uno de los gefes de la Sinagoga: el sábio Nicodemus, vino al anochecer á buscarle secretamente, diciéndole.

—“Maestro, conozco claramente que sois enviado de Dios, porque nadie puede hacer los milagros que vos haceis, si Dios no está con él.”

Y Jesus, despues de haberle hablado del Espíritu Santo, único que puede dar la inteligencia de las cosas de Dios.

—Nadie, le dice, ha ascendido al cielo sino aquel que ha descendido del cielo, el Hijo del Hombre que está en el cielo. Y así como Moisés elevó la serpiente en el desierto, es preciso que del mismo modo el Hijo del Hombre sea elevado en la Cruz, para que todo el que crea en El, no perezca, sino tenga la vida eterna. Porque Dios ha amado tanto al mundo, que le ha dado á su Hijo Unigénito, á fin de que el que crea en El, no perezca sino tenga la vida eterna... El que cree en El, no está juzgado; mas el que no cree, lo está, porque no cree en el nombre del *Hijo Unigénito de Dios*.

Nótense bien estas últimas palabras: *Hijo de Dios*: ni Jesus, ni los judios entendian significarse meramente por ellas un hombre justo, un amigo de Dios; sino que todos sabian que ese era el nombre propio del Ver-

bo Divino, de la segunda persona de la Santísima Trinidad, del Hijo Eterno y Unigénito de Dios, Dios como el Padre y como el Espíritu Santo. Así vemos á cada paso en el evangelio que los judios motejan á Nuestro Señor por haberse querido igualar con Dios llamando á Dios *su Padre*; y luego cuando Jesus declara solamente ante Caifas que es el Cristo Hijo de Dios, vemos al Sumo Sacerdote y á los miembros todos del Consejo que desgarran sus vestidos, se tapan las orejas, llamándole blasfemo, y le condenan por unanimidad á muerte, como blasfemo sacrilego.

§ V.

Tenemos, ademas de esto, otro testimonio que el Salvador se da de sí mismo ante los judios reunidos en el templo, despues de verificado uno de sus milagros.

“*En verdad, en verdad os digo, lo que hace el Padre lo hace igualmente el Hijo. El padre resucita los muertos y los vivifica y del mismo modo el Hijo da vida á quien quiere.*”

“El Padre no juzga á nadie, antes somete todo juicio al Hijo; para que todos hon-

ren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo no honra al Padre que lo ha enviado.

“De la propia manera el Padre tiene la vida por Sí mismo, así ha concedido al Hijo tener la vida en El, y le ha dado el poder de juzgar, porque es el Hijo del Hombre.”

¡Oh sagradas profundidades del misterio de la Encarnacion, en que el Hijo de Dios, verdadero hombre y verdadero Dios, se iguala á su Padre, haciéndose, al par que su ministro y su esclavo, nuestro hermano, nuestra víctima y tambien nuestro juez.

§ IV.

No es menos explícito Jesus ante sus Apóstoles y sus Discípulos, que ante sus enemigos. En medio de las diversas circunstancias, hay una en que parece abrirles de par en par las puertas de su corazón, y es en el cenáculo, despues de la Santa Cena, algunas horas antes de su Pasion.

“Vosotros creis en Dios, les dice con la ternura y la solemnidad propias de un último adios.

Vosotros creis en Dios, creed, pues, en Mí

Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí. Si me conocéis, conocerías por tanto á mi Padre, presto le conoceréis y ya le habeis visto.”

El apóstol Felipe, el mas sencillo tal vez de los doce, no comprendiendo estas palabras le dice con asombro:

“Señor, mostrarnos al Padre, y esto nos basta.”

“¿Qué, replica Jesus; despues de tanto tiempo como estoy con vosotros, ¿no me conocéis todavía? Felipe: *el que me ve á Mí, ve á mi Padre* ¿Cómo dices tú: mostradnos al Padre ¿No creis que *el Padre está en Mí, y que yo estoy en el Padre*? Creed al menos despues de los milagros que he obrado.”

“Si pedís alguna cosa á mi Padre en mi nombre, yo os la consederé, á fin de que *él Padre sea glorificado en el Hijo, y si me rogais en mi nombre, yo os escucharé.*

“El que me ama, guardará mis mandamientos, y mi Padre le amará, y nosotros iremos á El y haremos en El nuestra morada.”

“Todo lo que es del Padre, es tambien de Mí

“El que me rechaza á Mí, rechaza al Padre.”

Finalmente, hasta en los dolores de su Pasion, en el Calvario, dando su último suspiro, Jesus afirma que es Dios: habla, promete, manda como Dios: muere conforme ha vivido. Es decir, ó es el mas osado, el mas sacrílego de los blasfemos, si no es lo que dice ser; ó si es lo que dice ser, no hay duda en que es Dios *encarnado* Hijo de Dios hecho hombre, tan verdadero Dios como tan verdadero hombre.

§ VII.

Ahí teneis lo que Jesucristo ha dicho de sí mismo; lo que solo El se ha atrevido á decir desde que el mundo es mundo, y desde que los hombres hablan. Otros muchos antes y despues que El, se han presentado como enviados, como sus profetas; como ministros de Dios: sus títulos eran verdaderos ó falsos: entre los primeros se encuentra Moisés, los Profetas, los grandes Santos; entre los segundos hállanse Zoroastro, Manes, Máhoma, Lutero, Calvino y todos los iluminados de la Reforma. Ninguno, sin embargo, se ha llamado Dios; ninguno ha podido llamarse Dios. No: no está en manos del hombre enaltecerse con tan incon-

cebible orgullo ni rebajarse á tan abyecta locura.

Pues bien: Jesucristo dice constantemente de Sí que es Dios.

§ VIII.

No es esto todo. Hasta cuando no habla de su divinidad, habla siempre como Dios, y el Evangelio nos ofrece en cada página palabras inauditas, inconcebibles, que serian verdaderas estravagancias, el colmo del ridículo y del absurdo, si no fuese Dios quien las profiere.

Hallándose un dia en Cesaréa pregunta en esta forma á sus discípulos.

¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?

Unos dicen, responden los discípulos, que Juan Bautista, otros que Elías, otros que uno de los Profetas.

Y vosotros, replicó Jesus, ¿quién decís que soy yo?

Entonces Simon Pedro le dice:

Vos sois el Cristo. Hijo de Dios vivo.

Jesucristo, lejos de rechazar estas palabras como de un blasfemo, las acepta amorosamente, y responde á San Pedro.

Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan

por qué no es la carne ni la sangre quien te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo á mi vez te digo, que tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; y á ti te daré las llaves del Reino de los cielos; y todo lo que atareis en la tierra será atado en los Cielos, y lo que desatareis sobre la tierra será desatado en los Cielos.

¿Qué es esto? ¡Dar un hombre á otro hombre las llaves del Reino de los Cielos! ¡Prometerle que lo que atare ó desatare sobre la tierra, será atado ó desatado en el Cielo; y disponer como Señor de la Omnipotencia de Dios!

¿Y quien es este hombre que se muestra revestido de tan soberano y absoluto poder? Para el que tiene fé y sentido comun, este hombre no puede menos de ser Dios; pero para el incrédulo, no es sino un pobre loco que habla á un pescador de Galilea tan pobre y tan loco como El.

Escuchad todavía más. Jesus pende de la cruz, y va á morir. Uno de los ladrones crucificados á su lado, movido de arrepentimiento, le pide misericordia.

Señor, le dice, acordaos de mí cuando estuviereis en vuestro reino.

Hoy mismo, le responde Jesus, serás conmigo en el Paraíso.

Algunos dias despues, derramando su divino aliento sobre los Apóstoles en el Cenáculo, les dice.

Recibid el Espíritu Santo, los pecados que vosotros perdonáreis serán perdonados, y los que retuviéreis serán retenidos.

Finalmente, estando en el Monte de las Olivas: *Todo poder, dice, me ha sido dado en el Cielo y en la tierra.* Id, pues; enseñad á todas las naciones, bautizandolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñadlas á observar mis mandamientos, y ved que estoy con vosotros perpétuamente hasta la consumacion de los siglos.

Jamás habló de este modo hombre ni Profeta alguno.

§ IX.

Hemos mostrado pues, entre las diferentes palabras y afirmaciones de Jesus, el testimonio que dá constantemente de Sí mismo durante el curso de su vida pública.

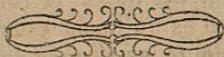
A esta gran cuestion ¿quién eres tú?

B. ^o 13.—Q. es Jesucristo.

7.

¿qué dices de tí mismo? le hemos oído responder siempre: *Soy el Cristo, Hijo de Dios igual en todo á mi Padre, Dios hecho hombre para salvar al mundo.*

El se llama Dios. El habla como Dios. Véamos ahora con que obras divinas confirma sus palabras.



Milagros de Jesucristo.

§ I.

Un milagro es un hecho exterior que excede *evidentemente* las fuerzas de la naturaleza, es el ejercicio *extraordinario* de la Omnipotencia de Dios en el mundo.

Negar la posibilidad de los milagros, es negar el poder de Dios, ó mas bien su existencia.

Siendo el milagro el sello de la divinidad (1) si Jesucristo es Dios, Jesucristo ha debi-

(1) Los nombres que han hecho milagros, los han realizado en el nombre de Dios, en el nombre de Jesucristo, Jesucristo solo ha hecho milagros en su nombre propio y por su poder personal.